

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
A. JAÉN MORENTE

II

BUJALANCE
UNIVERSO DE PUEBLO CAMPIÑÉS

J. COSANO MOYANO
J. M^a ABRIL HERNÁNDEZ
COORDINADORES



2018

BUJALANCE

UNIVERSO DE PUEBLO CAMPIÑÉS



JOSÉ COSANO MOYANO

JOSÉ M^a ABRIL HERNÁNDEZ

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2018

JOSÉ COSANO MOYANO
JOSÉ M^a ABRIL HERNÁNDEZ
Coordinadores

BUJALANCE
UNIVERSO DE PUEBLO CAMPIÑÉS

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2018

BUJALANCE
UNIVERSO DE PUEBLO CAMPIÑÉS
(Colección A. *Jaén Morente II*)

Coordinadores:

José Cosano Moyano

José M^a Abril Hernández

© Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

© Foto portada: José Escamilla Rodríguez

ISBN: 978-84-948639-0-5

Dep. Legal: CO-985-2018

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

EL CASTILLO DEL CONDE LAUREL.
UNA APORTACIÓN A LA LITERATURA INFANTIL DEL
BUJALANCEÑO FRANCISCO ARÉVALO (1891-1962)

JUANA TOLEDANO MOLINA
Académica correspondiente

A mis padres y a mi hermano,
que nunca olvidaron las raíces de su pueblo

Suelen los que de sus tierras ausentes se
hallan considerar de qué cosa aquel lugar de
donde parten mayor inopia o falta padezca,
para con la tal servir a los conterráneos de
quien en algún tiempo beneficio recibido
tienen.

Fernando de Rojas “El autor a un su amigo”, *La Celestina*

Una curiosa antología poética de 1908, *La musa nueva. Florilegio de rimas modernas*, del poeta gaditano Eduardo de Ory, comentaba a propósito de Antonio Arévalo, el hermano mayor de Francisco: “Poeta cordobés, casi desconocido por su excesiva modestia”¹ y de él insertaba un poema, “Rosa de nieve”², con rasgos románticos y algunos tonos modernistas. Es posible que la misma afirmación de Ory con respecto a Antonio se pudiera hacer con relación a Francisco, el cual, para entonces, estaría en los comienzos de su trayectoria creativa, puesto que su primer libro es sólo varios años posterior; nos referimos a *Ensueños*, impreso en Córdoba, en 1914, que incluye también, a manera de prólogo o presentación, un soneto de Antonio Arévalo, en el que juega con el título del poemario y escribe, en los tercetos:

¹ ORY, E. de, ed., *La Musa Nueva. Florilegio de rimas modernas* [1908], ed. Almudena del Olmo Iturriarte, Sevilla, Renacimiento, 2017, p. 21.

² Se publicó previamente el periódico *El defensor de Córdoba*, 26 de enero de 1905, p. 3, en la sección “Los jueves de El defensor”, junto con poemas de otros autores, y más tarde en la revista cordobesa *Córdoba literaria*, núm. 5, correspondiente al 15 de enero de 1907, p. 12.

¡Ensoñar! El refugio de nobles corazones
que esquivan la emboscada de bastardas pasiones.
¡Ensoñar! El anhelo del ejército humano
cansado en la pelea de luchar y sufrir.
Ensoñar es la vida; no despiertes, hermano,
que en los sueños del mundo ¡despertar es morir!³

Esta especie de reconvención lírica fraternal, un tanto trágica en el fondo, puede darnos una idea de la silueta humana que tendría Francisco por esa época, cuando contaba unos 23 años (Antonio, 1876-1948, bastante mayor que su hermano, andaba por los 38) y estaba inmerso, según vemos en la colección, en un mundo romántico propio de la época y de su juventud⁴. El ensueño poético es la vida, viene a decir Antonio, y el despertar, la muerte, pero también podría pensarse que la excesiva inmersión en la poesía inhabilita al autor para enfrentarse con la realidad diaria, con la necesaria promoción de sus libros, por ejemplo.

Algunos años antes, en 1908, Antonio había recomendado a su hermano que se olvidase de hacer versos, porque no dan dinero, algo que hay que tomar medio en serio, medio en broma, porque ninguno de los dos dejó de practicar la creación lírica a lo largo de sus vidas, algo visible sobre todo en el caso de Francisco. He aquí algunos versos dedicados “A mi hermano”, en la composición titulada “Carta sin sobre”:

Lo fundamental, hermano,
de este mundo es el dinero;
la honradez es casi un vicio,
es secundario el talento,
y si ambas cosas reúnes
habrán de llamarte *bueno*,
que en estos tiempos que corren
quiere decir tonto y medio.
Así pues, no te distraigas
de tu vida en el comienzo,
ni escribas versos, hermano,
ni pongas el alma en ellos.

³ ARÉVALO, F. *Ensueños*, Córdoba, Imprenta de La Actividad, 1914, p. 7.

⁴ Encontramos poemas de Francisco Arévalo ya en la prensa de 1908, como la breve composición “Cantares”, *El defensor de Córdoba*, 28 de marzo de 1908, p. 2, fechada en Bujalance. Algunos meses después, Antonio firma sus creaciones desde Córdoba, cfr., *El Defensor de Córdoba*, 21 de agosto de 1908, p. 2, “Carta sin sobre. A mi hermano”, lo que parece indicar que, para esa fecha, Antonio Arévalo se había trasladado a Córdoba.

Busca con ansia la senda
que el oro tenga a su término;
trabaja más con la astucia
que con las fuerzas del cuerpo⁵.

Y concluye, con el mismo tono irónico y sentencioso:

Jamás en aplauso fíes,
que hay pocos hombres sinceros
y quien critica y aplaude
y quien aplaude ofendiendo.
Y, sobre todo, Francisco,
ten presente que los versos
cuando los escribe un pobre
suenan poco y valen menos⁶.

El hecho es que las creaciones de ambos poetas fueron poco o nada recordadas en los volúmenes que hemos consultado de la crítica literaria de su momento, ni tampoco figuran en la posterior. Ni siquiera en el libro de su paisano Mario López⁷, *Córdoba en la poesía* (1979), tan interesante y tan completo, se inserta una poesía del autor que analizamos, aunque Francisco tiene bastantes composiciones de tema cordobés, como el “Romance del [torero] Lagartijo” (1935), el “Romance de Julio Romero” (1934), otro romance denominado “La torre de Bujalance” (1936) o el poema titulado “¡Como yo!” (1957), por citar algunos ejemplos. El último de los mencionados se inicia con los versos: “Una linda mora / en Córdoba había, / que era, por señora, / flor de la Ajerquía”. Pensemos, además, para hacer más incomprensible la ausencia citada, en sus libros *Córdoba, cárcel de amor* (1931) y *Piropos a Córdoba* (1960), de 300 y 360 páginas respectivamente, tan marcados por el cordobesismo ya desde el título.

Pero el hecho es que, si consultamos recopilaciones y repertorios poéticos de aquellos años, no figura tampoco Francisco Arévalo en otras antologías de las primeras décadas del siglo XX, como la que prepara el

⁵ ARÉVALO, A. “Carta sin sobre. A mi hermano”, *El Defensor de Córdoba*, op. cit.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Córdoba en la poesía*, selec., y nota preliminar Mario López, Córdoba, Asociación de Amigos de Córdoba / Caja Provincial de Ahorros, 1979; el libro abarca un arco temporal de varios siglos, que van desde Marcial a Antonio Rodríguez Jiménez.

iznajeño Miguel de Castro⁸, bajo el seudónimo de Pedro Crespo, *Renacimiento neoclásico español. Los mejores poetas contemporáneos*, hacia 1914; hay aquí numerosos escritores que, desde una perspectiva reciente, nos parecen de una calidad similar a la de nuestro paisano, el periodista y poeta Francisco Arévalo García. Tampoco se incluye, saltando ya a nuestros días, en el volumen titulado *Cisne andaluz. Nueva antología poética en honor de Góngora* (2011), de Carlos Clementson⁹, y bien podría figurar aquí a la vista de un poema de 1927, del que escribe Rafael Castejón, en un artículo necrológico de Arévalo:

Sus símiles poéticos alcanzaban la maravilla. Desde que el año 1927 se organizó el tercer centenario de la muerte de Góngora, y Arévalo le escribió aquel magnífico soneto en que hablaba de las mariposas anidando en la calavera del numen cordobés, ningún amigo, ningún lector que lo haya leído una sola vez siquiera, lo puede haber olvidado¹⁰.

Recordemos unos versos del final del poema aludido, que no es propiamente un soneto (don Rafael cita de memoria); dicen así:

Le llamaron los discretos,
por sus obras magistrales,
burilador de sonetos,
orfebre de madrigales.
Y, de estar sobre estas losas
expuesto, seguro fuera
que anidaran mariposas
dentro de su calavera.
No te impacientes, espera;
rinde este verso en su bien:
— Requiescat in pace. Amén¹¹.

⁸ CRESPO, P. [Miguel de Castro], *Renacimiento neoclásico español. Los mejores poetas contemporáneos*, Madrid, Editorial Llorca y compañía, s. a., (c. 1914).

⁹ *Cisne andaluz. Nueva antología poética en honor de Góngora (de Rubén Darío a Pere Gimferrer)*, ed. Carlos Clementson, Madrid, Editorial Eneida, 2011.

¹⁰ CASTEJÓN, R. “Ha muerto un poeta”, *Diario Córdoba*, 19 de diciembre de 1962, recogido en “Necrologías. Francisco Arévalo García”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 85, 1963, p. 294.

¹¹ REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, *Versos de Góngora, 1627-1927*, Córdoba, Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, 1927, pp. 25-26.

No nos parece una mala composición (como tampoco lo es, en nuestra opinión, la de Blanco Belmonte, otro olvidado, incluida, como la citada, en el volumen *Versos de Góngora*, de 1927¹²), aun cuando el entonces director de nuestra Academia, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, tuviese relaciones de amistad con el poeta de Bujalance, como académico correspondiente que fue de esta institución.

De esta manera, en la actualidad, podemos afirmar que estamos ante un poeta al que se le ha prestado muy poca atención crítica, de tal forma que sus libros, sus composiciones, han sido poco o nada estudiados y yacen en un visible olvido.

Para revitalizar en lo posible la memoria de poetas tan olvidados en la actualidad como nuestro bujalanceño Francisco Arévalo García (1891-1962), parece conveniente realizar estudios y análisis parciales de sus libros poéticos, como el que proponemos en esta ocasión.

Estamos ante un libro de versos, de temática infantil, algo que también había llamado la atención literaria de su hermano Antonio¹³, titulado *El castillo del Conde Laurel*, que se imprimió en Córdoba en 1959, según el colofón, aunque la portada incluya la fecha del año anterior. Es un volumen extenso, de más de cuatrocientas páginas, poco o nada considerado en los estudios específicos consultados al respecto, como venimos afirmando, que incluye unos 75 poemas, de diversa extensión y variada tipología, en los que predomina el tono sentimental, propio de un poeta de carácter romántico y sensible, en la línea de un José Selgas (1822-1882), por ejemplo, con sus ángeles y sus niños que marchan al cielo, o del más cercano a nosotros, por ser también cordobés y por estar igualmente olvidado, Marcos Ricardo Blanco Belmonte (1871-1936), en el que son asimismo perceptibles la preocupación por los niños y los pobres, por los obreros y los soldados heridos.

Hay además en el volumen algunas formas heredadas del Modernismo rubendariano, variados recursos de estilo, aunque tampoco figure en los dos volúmenes de la inteligente aproximación de Amelina Correa al Modernismo por parte de algunos poetas andaluces¹⁴, titulada

¹² *Ibid.*, pp. 22-23.

¹³ Cfr., al respecto, el poema "Los niños", en *El defensor de Córdoba*, 29 de mayo de 1907, p. 1, que casi pudiera considerarse una especie de texto programático para el libro de su hermano Francisco. El poema de Antonio está fechado en Bujalance, como sucede con otro poema anterior, titulado "Acacias", inserto en el mismo periódico cordobés, de 30 de abril de 1904, p. 2.

¹⁴ CORREA RAMÓN, A. *Poetas andaluces en la órbita del Modernismo*, Sevilla, Alfar, 2001, y *Antología. Poetas andaluces en la órbita del Modernismo*, Sevilla, Alfar, 2004.

Poetas andaluces en la órbita del Modernismo (2001-2004, Diccionario y Antología, respectivamente).

Pero veamos algunos fragmentos en los que nos parece que el estilo modernista es más visible; así lo vemos en el primer poema, “La puerta dorada”, cuando se habla del Conde Laurel, un personaje de las canciones infantiles que sólo aparece en estos versos y que da título al libro:

Es, mi buen conde Laurel,
gallardo como un doncel,
ágil, enjuto, risueño;
tiene un azor, un lebrel
y un paje, rubio y pequeño,
que parece hecho de miel.
Le festejan ilusiones;
ensueños siguen sus huellas;
y, en sus dorados salones,
que alumbran lámparas bellas,
de un bandolín a los sonos,
canta unas breves canciones
en las que hay flores, estrellas,
gnomos, hadas y dragones¹⁵.

O en el titulado “Blanca-Estrella, en el jardín”, del que recordamos sus dos primeras estrofas:

Cuando la niña, Blanca-Estrella,
cruza las sendas del jardín,
para halagarla, porque es bella,
toca la fuente su flautín.
Lluvia de perlas y cristales
bulle en el mármol del tazón;
y alzan, tras él, los pavos reales
sus abanicos de ilusión (p. 383).

Claro que es cierto que esta ornamentación modernista no es perceptible en muchos otros poemas de la colección.

¹⁵ ARÉVALO, F. *El castillo del Conde Laurel. Poemas infantiles*, Córdoba, Imprenta La Verdad, 1958, pp. 16-17. Las restantes referencias a este libro se indican en el cuerpo del texto mediante la referencia a la página correspondiente.

Con frecuencia aparecen asociados el dolor y la pobreza, incluso la muerte, con el universo del niño, por lo que encontramos rasgos tristes y lacrimógenos a lo largo de muchas composiciones. También el mundo del milagro, de lo maravilloso y de lo insólito, están presentes en algunos textos, como sucede en el titulado “La recompensa”, que recuerda lejanamente los componentes esenciales del tradicional romance navideño “Madre, a la puerta hay un niño”. El poema dice así:

A la puerta, una voz suplicante;
a la puerta, una voz temblorosa:
— ¿Quién suplica, esposa?
— Un niño.
— ¡Adelante!
Era bello y estaba desnudo.
La noche se entraba;
la nieve caía;
y el mendigo contó, como pudo,
que albergue no hallaba,
que de hambre moría.
— Esposo, ¿qué haremos?
— Pan y lecho que darle tenemos.
— Come y duerme, niño.
Sólo llena este hogar el cariño,
divina substancia
que no se consume.
Y el niño exclamó:
— ¡De vosotros será la abundancia!
Y, dejando un extraño perfume,
desapareció (pp. 153-155).

También los villancicos navideños, con protagonistas infantiles, se incluyen en las páginas de *El Castillo del Conde Laurel*, pero no parecen deber mucho a los cantos navideños de tradición oral, sino que más bien son evocaciones del referente religioso y del mundo de la infancia en aquellas fechas tan marcadas por la felicidad, aunque hay niños que, en contraste, llevan una vida desgraciada y carecen de familia o de bienes de fortuna. En el mismo sentido, se hacen patentes las figuras de la madre (en ocasiones, muerta) o de la abuela, con rasgos llenos de ingenuidad que recuerdan, por ejemplo, a Lorca, cuyos poemas infantiles, llenos de animales, pudieron ser un acicate para la creación de Arévalo, o con

elementos de ternura, que tan bien manejaba Gabriela Mistral y que en esta colección son tan abundantes.

Como poesía infantil nos resulta éste un libro singular, poco o nada parecido a cualquier otro de aquellos años (finales de los cincuenta), ya no inmersos propiamente en la dura posguerra, sino avizorando una perspectiva de desarrollo social y humano, cosa que sucederá a lo largo la siguiente década de los 60, con una poesía y una novela de preocupación social y humanitaria.

No hemos encontrado, como venimos señalando, muchos comentarios acerca de la personalidad y la obra de Francisco, salvo un artículo reciente, de 2013, de Lucía Alcántara, de carácter biográfico¹⁶, impreso en la revista *Adalid*, de Bujalance. Con motivo de su fallecimiento, el Boletín de nuestra Academia le dedico una breve semblanza necrológica, en la que se señala que el deceso del poeta tuvo lugar el 18 de diciembre de 1962, que vivió en Córdoba desde muy joven y que tenía un puesto de trabajo en los servicios municipales del archivo y biblioteca, amigo del archivero José María Rey Díaz. La consulta de las hemerotecas nos suministra someros datos adicionales a la trayectoria vital del periodista y poeta, aunque no de gran trascendencia. De esta forma, sabemos que, en 1926, ocupa una plaza de auxiliar 4º en el Ayuntamiento de Córdoba¹⁷ y que, muchos años después, en octubre de 1936, es nombrado secretario especial¹⁸ del Alcalde de Córdoba, don Manuel Sarazá Murcia; son los meses iniciales de la guerra civil española. Habitualmente lo encontramos vinculado laboralmente con la biblioteca y archivo municipales de Córdoba¹⁹.

Los periódicos cordobeses publicaban con frecuencia sus poemas, cosa que hemos comprobado con reiteración, y obtuvo numerosos

¹⁶ Para los datos biográficos de Antonio y Francisco Arévalo es fundamental el artículo de Lucía Alcántara Ortiz, "Poetas Hermanos Arévalo", *Adalid*, 4, diciembre, 2013, pp. 211-217.

¹⁷ *El Defensor de Córdoba*, 27 de febrero de 1926, p. 1.

¹⁸ *Córdoba Gráfica*, núms. 285-289, 15 de octubre de 1936, s. p. (en el apartado "Noticias"): "Ha sido nombrado secretario especial del Alcalde de Córdoba don Manuel Sarazá Murcia, nuestro querido amigo y colaborador don Francisco Arévalo García, al que felicitamos por dicho merecido nombramiento". Antonio Arévalo tiene en el mismo número dos poemas patrióticos, obviamente de alabanza al régimen de Franco: "¡Caerán!" y "A los gloriosos cadetes, defensores del Alcázar de Toledo". Del nombramiento de Francisco se hace eco también el *ABC* de Sevilla, del 30 de septiembre de 1936, p. 19.

¹⁹ ARÉVALO, F. "La Biblioteca Provincial de Córdoba", *ABC*, Sevilla, 31 de diciembre de 1930, pp. 8-9.

premios en certámenes y Juegos Florales de toda índole. Se añade después una lista de sus obras principales: *Ensueños*, *Córdoba cárcel de amor*, *El Caballero del Diablo*, *La Driada*, *El Castillo del Conde Laurel*, *Piropos a Córdoba* y *Silo de estrellas*.

Se indica también que fue nombrado académico correspondiente en el año 1927, posiblemente a raíz de la celebración del centenario gongorino de aquel año. Su hermano Antonio fue académico numerario, y como tal leyó su discurso de ingreso en la institución, bajo el título de “Algo sobre la copla andaluza”, el 22 de mayo de 1943, que es una amplia lección sobre el cante flamenco, adornada de numerosos textos y bien documentada. El discurso de contestación corrió a cargo de don Rafael Castejón, por esa época académico numerario²⁰ (El director era entonces don José Amo Serrano).

En la nota necrológica de Francisco, anónima, quizás de don Rafael Castejón, ya director de la Academia (lo era desde 1959), se habla del “carácter dulce y bondadoso del buen poeta”, y como prueba de ello el autor del comentario incluye un artículo del mismo Castejón, del que ya hemos citado unos fragmentos, a propósito de Góngora, en los que se habla también de la forma de ser del escritor, texto que fue publicado en el *Diario Córdoba*, al día siguiente del fallecimiento de Francisco:

²⁰ ARÉVALO, A. “Algo sobre la copla andaluza. Discurso de la recepción como Académico Numerario, 22 de mayo de 1943”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 50, 1944, pp. 315-342, y Rafael Castejón y Martínez de Arizala, “Discurso de contestación al de ingreso de D. Antonio Arévalo y García”, *ibid.*, pp. 343-361. Como pie de un retrato de Arévalo podemos leer lo siguiente: “Don Antonio Arévalo y García, poeta, literato y periodista. Nació en Bujalance (Córdoba), el 15 de septiembre de 1876. Ingresó en nuestra Academia como Correspondiente el 18 de enero de 1913”. Entre las referencias personales que hace Castejón a este académico de Bujalance encontramos las siguientes: “Me consta que nuestro compañero, modelo de cordobés sensato, tradicional y castiza, hubiera querido traer hoy un tema más pulido, más erudito, más empolvado, más dieciochesco, más académico, en una palabra. Le seducía, entre otras, la biografía de su paisano bujalanceño el gran pintor e historiador de la pintura española Don Acisclo Antonio Palomino y Velasco, gran tema académico. Pero los amigos, como las brujas a Macbeth, le aconsejaban al oído: la copla andaluza, el cante jondo... Y Don Antonio Arévalo vacilaba. Ha estado a punto de ser una víctima más del cancionero andaluz, que tantas víctimas viene produciendo desde hace siglos, hasta el punto de que fue llamado por los eruditos medioevales “diabolus in musica”. / Pero este diablo no ha podido con Don Antonio Arévalo, maestro en el cancionero andaluz, maestro de coplas andaluzas, que ha dominado al diablo, y lo ha cautivado, como a tantos otros, al compás de su guitarra morisca, que tañe con emoción de virtuoso”, p 343. Existe una edición reciente del discurso de Arévalo, como texto suelto: Antonio Arévalo y García, *La copla andaluza*, Córdoba, Ayuntamiento, 2016.

Ha muerto un poeta. Así como su vida dulce y callada, así ha muerto, dulce y calladamente el poeta cordobés don Francisco Arévalo y García. Cuando este diario daba la noticia de su fallecimiento repentino, al citar las dotes que le adornaban, afirmaba que no pudo tener un enemigo en su vida. Cuando caminábamos tras el féretro, camino del cementerio de la Salud, también se hacía la pregunta, entre los amigos, si alguno le había oído alguna vez palabras coléricas o malsonantes. Paco Arévalo, dentro de su humildad casi franciscana, vivía casi en estado de gracia. Como todos los hombres de fuerte vida interior, era también un solitario, porque las musas, sus amadoras, le hablaban, le dialogaban, le abstraían y le arrebatan a su mundo poético²¹.

Reconoce el comentarista que, en la producción poética de Arévalo, pueden producirse desniveles y descensos de calidad, como sucede en la trayectoria de cualquier poeta, al mismo tiempo que recuerda que Córdoba fue uno de los temas fundamentales de su poesía:

Cierto que en toda su extensa producción poética que se contiene en la media docena de obras publicadas, y seguramente en muchos poemas inéditos, habrá composiciones medianas y aun vulgares. Porque el genio también vuela a ras de tierra, pero cuando se remonta, como el águila, pocas aves le siguen. Arévalo cantaba sobre todo a Córdoba. A su hermano Antonio fallecido hace años [fue en 1948, decimos nosotros, hacía unos 16 años], poeta también, le extrañó que en alguna edición de sus trabajos se le citara como poeta cordobés, de Bujalance, pero luego admitió que la simbiosis era perfecta. Ambos hermanos que vinieron a la capital muy jóvenes, se prendaron de los encantos de la urbe vieja, y le dedicaron sus mejores cantos, sobre todo Francisco, más lírico, más inspirado, más pulido. En la poesía imitativa, dentro de la cual se movieron los literatos de la Córdoba califal, Arévalo ha compuesto verdaderas preciosidades. Canta los hombres geniales de la tierra nativa, canta las mujeres, canta la urbe, canta sobre todo las flores. Tiene una composición al nardo que hubiera hecho palidecer de envidia a los mejores poetas del Califato²².

²¹ CASTEJÓN, R. "Ha muerto un poeta", *Diario Córdoba*, 19 de diciembre de 1962, recogido en "Necrologías. Francisco Arévalo García", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 85, 1963, p. 294.

²² *Ibid.*, pp. 294-295.

Auguraba Castejón un reconocimiento por parte de la crítica que aún no se ha producido y que quizás estemos iniciando nosotros:

Aquí queda su obra, para siempre. Preciosista del verso clásico, la generación joven no lo aprecia del todo. Pero cuando pase el turbión de los jóvenes, ese turbión sin fondo y sin forma, y queden los elegidos, entre ellos, como las pepitas de oro quedan en el cernero al lavar la arena, quedarán muchos versos de Paco Arévalo, en cuya cabeza también anidaron las mariposas, que en la dulce tarde otoñal volaban sobre el cadáver que desde ayer guarda la tierra cordobesa a la que tanto amó y cantó el poeta extinto²³.

Estamos, pues, ante un bujalanceño trasplantado a Córdoba. Pero, no por eso olvida este creador a su pueblo natal, tal como comprobamos en diversos lugares de su poesía, como en la composición acerca de la torre de la Asunción, “La torre de Bujalance”, y como es igualmente visible en este homenaje, de 1928, a su paisano don Antonio Zurita y Vera, Alcalde de Bujalance, al que se había concedido la Gran cruz del mérito agrícola, cuya imposición tuvo lugar en el Círculo de labradores, de Córdoba. Se titula “Ofrenda” y lleva la dedicatoria expresa al personaje citado:

De aquel pueblo, en que su fe
y su amor tu alma acrisola,
traigo esta humilde amapola
que, tembloroso, corté.

Flor del querido lugar,
que te ofrece mi emoción,
roja, como un corazón
y breve, como un cantar.

Los vientos, en cruda guerra,
deshojarla no lograron;
y en su cáliz tierno encierra
savía y olor de la tierra
que cubre a los que te amaron.

²³ *Ibid.*, p. 295.

Si ella aquí pudiera hablar
dijera que, por mostrar
tu nobleza, en todo trance,
siempre lograste triunfar;
y que, aunque el triunfo no alcance,
sólo así sabe luchar
un hijo de Bujalance²⁴.

También desde su pueblo natal se le presta atención, como comprobamos en la reseña de “*Córdoba cárcel de amor*”, que le dedica el periódico republicano *Bujalance*, en la sección “Poetas de mi pueblo”, correspondiente al 25 de octubre de 1931:

Así se llama el nuevo libro de nuestro poeta cordobés Francisco Arévalo, nacido un día en nuestra patria chica, en nuestro querido Bujalance. / Bien ha retratado en sus páginas las mil inverosímiles fantasías románticas que era Córdoba sultana; evoca a los poetas de ayer, de hoy, de mañana; porque por gracia y estirpe la hospitalaria cuna de Séneca y Lucano tiene un altar de gloria y de nobleza, símbolos de la lealtad para los soñadores... / *Cárcel de amor* es: Córdoba. Arévalo con su templada lira ha sabido cantar sonoros y sencillos versos a la mujer cristiana y mora; a las musas que aquel pintor del alma cordobesa dibujó en divinos lienzos que después, mientras Julio Romero dormía para siempre, ellos que son la vida de su espíritu, serían la estela del artista que todo un pueblo cordobés lloró su muerte una mañana pálida y triste perfumada de rosas...

La reseña, de la que hemos transcrito sólo el comienzo, está firmada por Joaquín González y fechada en Bujalance, el 21 de octubre de 1931.

Por lo que hemos ido viendo y señalando en esta aproximación, el libro de motivos infantiles de Francisco Arévalo, objetivo principal de nuestro estudio, no nos parece un texto deleznable, carente de interés; al contrario, creemos que merece una revisión y una valoración con parámetros y contextos de su época, sin “pedir peras al olmo”, como

²⁴ ARÉVALO, F. “Ofrenda (En el homenaje a D. Antonio Zurita y Vera)”, *Boletín Agrario. Órgano oficial de la Cámara Agrícola Provincial de Córdoba*, núm. 30, julio 1928, p. 4. El texto forma parte de un reportaje titulado “Acto de la imposición de la Gran Cruz del Mérito Agrícola al Excmo. Sr. D. Antonio Zurita y Vera, en el local del Círculo de Labradores y Cámara Agrícola de Córdoba”.

popularmente se dice, de tal manera que los abundantes frutos poéticos del bujalanceño tienen interés como creación de época, como poesía popular, comprensible para cualquier lector. Quizás sus versos se nos aparezcan un tanto ajenos a otras corrientes innovadoras de su momento, como sucede con la más valorada poesía, musical y decadente, del grupo “Cántico” de Córdoba, de algunos de cuyos miembros fue coetáneo, aunque algo mayor en edad. Como se sabe, en los panoramas poéticos de cualquier época aparecen poetas de rasgos muy distintos, de valoraciones desiguales por parte de la crítica, pero todos colaboran, en la medida de su creación, en la evolución y transmisión del sentimiento poético y de las formas artísticas.

APÉNDICE

Tres romances y una evocación

*Romance de Julio Romero*²⁵ (13 de mayo de 1934)

Camino de la Fuenseca
allá va Julio Romero;
detrás marchan sus amigos
y delante sus anhelos.
Rumores de frases gratas;
pandilla de anchos sombreros;
como una mujer desnuda
va la guitarra con ellos.

El agua clara, en la fuente,
canta su glú, glú, cayendo
y a las ventanas asoman,
las novias, sus ojos negros.

Se han entrado en la taberna,
con la parroquia, el ensueño,
con la arrogancia, el prestigio,
con la bondad, el ingenio.

²⁵ *Blanco y Negro*, 13 de mayo de 1934, s. p.

Tras un ademán solemne,
llena el “Bolillo” los “medios”
del vino que, en sus barriles,
tenido es por el más bueno.

Félix un cantar recuerda
y, en tanto templa Antoñuelo,
“se apunta” el maestro Mariano
por lo bajito, unos “tientos”.

La luna que, atenta, guarda
su rebaño de luceros,
la luna, luna lunera,
toca su cuerna en el cielo.

Revientan los alhelíes
sus capullos en los tiestos;
se oyen risas en los patios
y en las callejas requiebros.

– Tócame, Antoñuelo, toca,
tócame, otra vez, aquello
que hace retemblar las cuerdas
y hace encogerse los pechos.

Coplas, coplas y quejumbres;
pasiones, amores, celos;
y, alargadas en los muros,
las sombras de los sombreros.

Coplas, coplas: ¡qué bien bailan
sobre las cuerdas los dedos!

– ¡Ay, si te oyera esta noche,
¡Juanillo el “Chocolatero”!

– Que yo no quiero quererte
voy en voz alta diciendo;
y, por quererte de veras,
de veras morir me siento.

Los que pasan por la calle
y oyen, al paso, el rasgueo,
suelen decir:

– Ya ha llegado
de Madrid, Julio Romero.

Y mientras llena el “Bolillo”,
llena y rellena los “medios”,
cuenta el “Nono” una aventura

y otra aventura el “Sillero”;
del humo de los cigarros
se hace caireles el techo
y exaltan sus arrogancias,
en algunos cuadros viejos,
los bustos de “Lagartijo”,
de “Guerrita” y del “Conejo”.

– ¡Cómo suena la guitarra!
– ¡Como la toca Antoñuelo!
– Venga otra copa, Mariano.
– Ya sabes tú mi tormento;
me andas quitando la honra,
que es lo único que yo tengo.

Y cuando la copla acaba,
surge, otra vez, el recuerdo:
– ¡Ay, si te oyera esta noche,
Juanillo el “Chocolatero”!
Con los ojos entornados,
Julio, fuma y habla quedo;
para que no se despierten
las almas, del dulce sueño,
semiembriaguez de emociones,
de vino, amistad y acentos,
que ha ganado cada vida
y se ha hundido en cada pecho.

Por las calles cordobesas,
cautivas ya del misterio,
a eso de la media noche,
camina Julio Romero.

Detrás marchan sus amigos
y delante sus anhelos;
como una mujer desnuda
va la guitarra con ellos.

Alumbran luces rojizas
algunos humilladeros
y ocultos, los surtidores,
entre ramajes espesos,
devotos de las plazuelas,
están rezando su credo.

– Julio Romero, ¿qué escuchas;
qué estás escuchando, maestro,
que al entrar en la calleja
paraste el paso sereno?

Llegan las notas pausadas
de una “solear” con el viento:

– Son gitanillos, gitanos
que están cantando a lo lejos.

– De dormir en los rastrojos
tiene señales tu cuerpo;
las espinas que te clavabas
se hacen amapolas luego.

Y allá van, ronda del arte,
a caza de instantes bellos,
con el pintor más famoso
los amigos más sinceros.

Ese que pinta cantando,
ese que canta en los lienzos
vivas pasiones, en carne
que es un brazado de versos;
hondos querer del alma,
miel y marfil en los senos,
trémulas manos tendidas
y ojos henchidos de ensueño;
mañana hará en la paleta,
que es corazón de su pueblo,
combinaciones extrañas,
para dar vida al recuerdo
de las guitarras, el vino,
las coplas de amor y celos,
las rumorosas plazuelas,
las novias y los requiebros.

– Maestro Julio, buenas noches.

– Buenas noches, caballeros.

Se van borrando las sombras
y con las sombras los ecos.
Gira una llave. Un chirrido
y, después, paz y silencio.
La noche, llena de rosas,
está soñando en los huertos.

***Romance de Lagartijo*²⁶ (14 de julio de 1935)**

Torillo que vas, bufando,
de su capote a los vuelos,
torillo, tú no eres toro
para tan bravo torero.

Vete, torillo, a las tablas
y arráncate allí los cuernos,
que contra el que te torea
nada te vale el tenerlos.

¡Ay, que te clavan la pica!
¡Ay, que te rasgan el cuello!
¡Ay, que al caballo cogiste!
¡Ay, que le heriste en el pecho!

Pero por eso no saltes
ni te revuelvas por eso.
¿No sabes que “Lagartijo”
juega contigo, risueño?

Después de una de sus “largas”
el público en pie se ha puesto;
te está quitando los humos,
te está pisando el terreno;
torillo, tú no eres toro
para tan bravo torero.

Ni tú ni los que te sigan,
más ágiles o más fieros,
más decididos, más prontos,
más avisados y recios.

Te puso en cruz los rehiletes
y en cruz los llevas sujetos;
las aspas son de un molino
que va tu vida moliendo.

¡Ay, que te cita valiente!
¡Ay, que te clava el acero!

²⁶ *Blanco y Negro*, 14 de julio de 1935, s. p. Otra composición de tema taurino, precisamente titulada “Romance taurino”, en la que se emplea la primera persona en la voz del torero, en *Córdoba gráfica. Revista ilustrada y literaria*, correspondiente al 15 de octubre de 1932, sin paginar. Otro romance, “Romance de Alamiriya”, en este caso de tendencia arabizante, acerca de la amada de Almanzor, en la misma publicación, del 15 de mayo de 1935.

¡Ay, que te mueres, torillo!
¡Ay, que te estás ya muriendo!
Te mueres, porque el estoque
de “Lagartijo” es certero;
con tal fama no murieras
si ha poco te hubieras muerto;
no murieras con tal gloria
muriéndote en el chiquero.
Las manos agitan flores
y banderolas los vientos.
¡Adios, torillo inocente,
marcado con tan buen hierro!
En Córdoba habrá, mañana,
quien goce con tu recuerdo,
mientras llegan de áureo vino
los cónicos vasos llenos
y pueblan, pidiendo coplas,
el aire, de aires flamencos,
las más sonoras guitarras
del barrio del Matadero.

*La torre de Bujalance*²⁷ (15 de marzo de 1936)

De su audaz arquitectura
lanzando al cielo la flecha
para herir blancos luceros
o ahuyentar rojas estrellas;
por vientos nunca vencida
y nunca por nubes presa,
la torre de Bujalance,
firme, delgada, bermeja;
fuerte, segura, gallarda,
buscando el azul se eleva,
rodeada de miradores,
aves, cruces y veletas.
Desde su altura atalaya
la campiña cordobesa,

²⁷ *Blanco y Negro*, 15 de marzo de 1936, s. p.

con sus viejos olivares,
sus cortijos y sus eras.

Ve constantemente al pueblo
que en su torno canta y sueña;
llora y sufre; lucha y goza;
siente amor, trabaja, reza
y en su torno alumbra y fina
sus veneros de existencia,
como raíz de árbol tan bello
que se pudre y se renueva.

Vigilante está la torre;
nadie esquive su presencia;
para rezos siempre tiene
su invisible escala puesta;
su puñal clava a las sombras
y su pica a las tormentas;
de cortar rayos de luna
se ha mellado su tijera.

Desde el llano, es como un dedo
que al sol quita lentejuelas;
candelabro de una llama,
fina vara aceitunera.

En su mástil resistente
la ilusión amarra velas,
con las cuales navegara
por el verde mar de siembras.

Si se envuelve o se encapucha
con jirones de tinieblas,
los cipreses del santuario
de Jesús, formando hileras,
en la noche, le hacen guardia
con sus lanzas verdinegras
y protegen el empaque
fantasmal de su silueta.

La saludan los gañanes,
con las coplas de su ausencia,
al cruzar por las llanuras
o al subir a las lomerías;
y, a través de los senderos,
al cuidado de sus recuas,

los arrieros la distinguen
y la nombran, y la anhelan.

Yo la he visto muchas veces
desde lo alto de la sierra,
con temblor en las pupilas,
de visiones gratas llenas;
y he soñado que del tiempo
se acortaba la carrera
y que aún, vivos y jugosos,
con sus puras cantinelas,
con sus juegos, y sus risas,
y su encanto, y su inocencia,
de mi infancia los felices
y gozosos años eran.

Yo la he visto y he llorado
con temor de no más verla,
porque es guarda del recuerdo
que con más amor me anega;
porque es fuerte, porque es firme,
porque es alta, porque es buena
y a la tumba de mi padre,
con su sombra larga, llega.

***In memoriam. Julio Romero de Torres*²⁸ (8 de mayo de 1931)**

La noche del 10 de mayo de 1930 dejó de existir en Córdoba el genial pintor Julio Romero de Torres.

La tierra natal, la patria querida, le atrajo hacia su seno en ese trance irremediable y le ungió con los perfumes de la primavera, ya en flores y en mieles, cuando su rostro cobraba la lividez de la muerte y sus ojos se cerraban para la eternidad.

Un año hace que Córdoba, presa de intenso dolor por la pérdida del hijo glorioso, cubrióse de velos y lloró estremecida ante el cadáver de su pintor excelso.

Aquella noche las guitarras no supieron cantar junto a las rejas florecidas, y en las fiestas profanas el fandanguillo se hizo lamento y el vino tuvo acritud y temblores de lágrimas aún calientes.

¡Hace un año ya!

Las mujeres segaron en los huertos, en los maceteros de los patios, en las rosaledas y al borde de los senderos de la sierra las flores más frescas y hermosas para cubrir su féretro; una inmensa multitud, sobre la cual

²⁸ ABC, Madrid, 8 de mayo de 1931, p. 9. También dedicado a Julio Romero de Torres (y acompañando a una ilustración en la que aparece la cara de una joven y la dedicatoria autógrafa “Al poeta Antonio Arévalo”, junto con la firma, “J. Romero de Torres”), encontramos un soneto con el título de “Visión”, que dice así:

La capa airosa, y ancho sombrero,
palabras y hechos muy campechanos,
con paso firme, Julio Romero
va por la Plaza de los Gitanos.
Tras una reja se alza un florero,
brinda una copla ritmos profanos;
y en la guitarra de algún cuatrero
tiemblan las cuerdas bajo la mano.
Rumor de fiesta; cantar de amores;
baten sus palmas los “jaleaores”
y el vino recio suda en el jarro.
Julio su lienzo pintar no duda,
y una gitana, bella y desnuda,
vuela en el humo de su cigarro.

Francisco Arévalo

Córdoba comercial y literaria, 1935, s. p. Comparte página con el poema “Véspero”, de Adriano del Valle.

ponían su nota estridente los colores tremolantes de innúmeras banderas, formaba la comitiva fúnebre.

Niños y ancianos, mocitas, damas, obreros, artistas: Córdoba entera seguía el ataúd, en cuya tapa un haz de rojos claveles fingía un cúmulo de labios de mujer abiertos en rictus de dolor.

Negras colgaduras cubrieron todos los balcones; llenáronse las calles de dolorosas; la plaza de Capuchinos sintióse maciza de corazones agitados y asaeteada de músicas solemnes y de angustiosos suspiros.

La multitud oyó el canto de los poetas, el verbo fogoso de los oradores y el sordo ruido escalofriante de las paladas de tierra al caer sobre el ataúd.

En un año han temblando muchas rosas en torno a la tumba del artista genial, cuyo recuerdo está vivo en la mente de todo cordobés.

Viva está también su obra, cárcel de luz y sombra de su espíritu, admiración de doctos y profanos.

Sólo han desaparecido su sonrisa franca, su charla sencilla, su figura prestigiada por el más neto cordobesismo, su clásica figura, pregón de Córdoba en la capital de la nación y aguafuerte con velos de capa esclavinada en las callejas sombrías y en las anchas plazuelas cordobesas.

Sólo ha desaparecido él; pero no ha muerto, porque quien vive en sus obras no puede morir muestra éstas existan. Si acaso dormir. Así está Julio Romero: dormido.

Y mientras duerme caen pétalos de flores sobre su tumba, las maravillas de sus lienzos arrancan exclamaciones admirativas y se renueva la primavera, como él, inmortal.

Córdoba, mayo, 1931.

«[...] la lamentable experiencia de tanto cadáver como a reducido a el sepulcro la presente epidemia, demostraua lo yrritada que estaua contra nosotros la Justizia Diuina [...] y se hazía presiso poner por intercesora i medianera a la que siempre a sido de pecadores [...] para que cortando la caueza a el pecado nos renouemos a el estado de gracia y quedemos libres de tan grande azote [...] y combenía que esta Ciudad decretase y botase el renouar anualmente el boto que tiene hecho (en ocasión de epidemia) de defender la opinión pía de auer sido dicha Gran Señora conceuida en Grazia y Justizia original en el primer ynstante de su ser, haziéndola todos los años el día que esta Ziudad asignare, aiunando todos la Bíspera del día en que se celebra tan grande misterio: lo que proponía para que sobre tan grande como ymportante asunto tome deliberación y consulte con su Illustrísima el señor Deán obispo electo de Córdoua para que dicho señor se sirua, junto con su Cauildo conzeder la lizenzia correspondiente a tan santo fin»

Archivo Municipal de Bujalance. *Actas capitulares*,
20 de abril de 1738, f. 336 r.

